

Presentación

EN ESTE NÚMERO SE presenta una colección de ensayos concernientes a diversos aspectos de la relación entre *el Estado y la sociedad* en África. Se plantean cuestiones que tratan de los orígenes sociales del Estado en África, su base de clases, su relación con el imperialismo y los imperativos del desarrollo social en África.

El primer ensayo, intitulado "Estado y sociedad en África", constituye un amplio panorama de los temas y cuestiones principales. Su argumento es que la problemática del Estado en África no debe de enfocarse desde la forma en que los aparatos de estado son utilizados por las élites dominantes; por el contrario, debe situarse desde la tesis central de la economía política que afirma que el Estado es *un producto de la sociedad dividida en clases, el elemento cohesivo de la formación social y un órgano del dominio por las clases*. Cuando nos acercamos de esta manera a la problemática vemos que es mucho más fácil explicar por qué hay tantos tipos diferentes de regímenes políticos en África, a pesar del hecho de que todos operan en sociedades neocoloniales.

Michael Chege puntualiza que el retraso agrario es un factor importante para comprender la economía política de Africa en general. "Ésta es una cuestión seria debido a que —dice Chege— la trayectoria del desarrollo agrario históricamente ha sido un determinante importante del ritmo de *industrialización y del cambio político*". Pero tanto Senghor como Babu argumentan que parecería como si el problema del cambio agrario se hubiera estudiado de manera fortuita.

El planteamiento de Jeggan Senghor es que "el desarrollo planificado", tal cual ha sido realizado por los administradores públicos o por "la administración para el desarrollo" durante las dos últimas décadas en general ha sido un fracaso. Y lo ha sido por varias razones. La primera se refiere al problema de cómo el "desarrollo" convencionalmente ha sido conceptualizado por los administradores del mismo. En esencia, es concebido como la introducción de técnicas y destrezas modernas en la producción, haciendo un cálculo racional de la distribución de los recursos y desarrollando los recursos naturales y humanos al servicio de las necesidades básicas de la sociedad: alimento, vivienda y vestido. Al hacer todo esto, el Estado ha sido una variable muy crítica, pues es el Estado el que tiene el poder para distribuir los recursos y el Estado hace esto sólo debido a la *fuerza de clases*, que es la base de este poder.

Así, al analizar las diversas maneras en las que el Estado ha fracasado en desarrollar la capacidad de administrar el desarrollo, en el cual los recursos han sido distribuidos irracionalmente debido a la corrupción, el cohecho y la incompetencia, sigue una pregunta aún sin responder: ¿cuál es la explicación básica de todo esto? ¿Acaso el Estado neocolonial en África puede realmente "planificar el desarrollo"? ¿Qué estaría comprendido en esta *planificación*? ¿De qué *fuerza de clases* dependería? Thandika Mkandawire argumenta que al ser dependiente, las clases dominantes en África son, *ex definitione*, incapaces de percibir o articular los intereses verdaderamente nacionales y en consecuencia dicha clase no merece más que una atención pasajera cuando se estudia el papel de las ETN* (la representación institucional del imperialismo) en las economías africanas. Pero es precisamente debido a las debilidades de estas clases, a su falta de una *base social*, que el imperialismo hace estragos de la política en África y que se mantiene en el poder, como presidentes, a toda especie de lacayos.

* Empresas transnacionales

En su carta abierta al Presidente Mobutu, un grupo de parlamentarios de Zaire le señalan al presidente cómo sus pronunciamientos públicos —desde que tomó el poder en 1965— con frecuencia han divergido respecto de sus acciones políticas. Si bien Mobutu pretendió curar a Zaire de muchas de sus enfermedades terminó creando muchas más de las que encontró. Zaire no solamente se ha vuelto más y más subdesarrollado, sino que el grado de subdesarrollo y pauperización de sus pueblos ha crecido en la misma medida en que Mobutu y sus compinches han también adquirido fortunas enormes. El resultado ha sido el incremento del descontento de las masas con Mobutu y con frecuencia señalada se ha recurrido al asesinato político, la prisión o el exilio de los críticos y opositores del Presidente. Siempre que las clases dominantes africanas pierden su legitimidad política a través de su fracaso en implementar programas de desarrollo social, recurren a la represión política y a la demagogia como los únicos medios de mantener el poder político. En esta carta, los parlamentarios le escriben a Mobutu en términos bien claros que el desarrollo social de Zaire tan sólo puede ser producto de la *democratización* de la vida política del país.

Éste, quizá, sea un mensaje muy difícil de transmitir, pues la democratización significaría el fin de Mobutu como zar africano. El ínfimo desarrollo de las fuerzas de clases en África, el carácter no integrado de las formaciones sociales, la falta de organizaciones populares fuertes a nivel nacional, debilitan las fuerzas sociales democráticas, haciendo posible que los individuos autocráticos —apoyados por el imperialismo y las clases indígenas reaccionarias— impongan su dominio sobre la sociedad.

Es necesario que los debates que recientemente se han realizado a nivel de organizaciones internacionales que tratan de resolver los problemas del desarrollo en África tomen en cuenta el carácter del Estado en ese continente. Al comprender que el subdesarrollo continuado en África, en el último análisis, es nocivo a los intereses del capital mismo, los especialistas están ahora dispuestos a conceder a escala global un Nuevo Orden Económico Internacional, un orden que le

proporcione algún espacio a la acumulación del capital en la periferia en favor del capital local. Pero ese nuevo orden, en esencia sólo significa "reformas dentro del sistema". El argumento de Babu es que esas reformas han llegado demasiado tarde y se han distribuido en dosis demasiado pequeñas. Las masas africanas han sido llevadas a un punto en el cual tienen sólo dos alternativas: la barbarie económica y social, que implican el desarrollo capitalista dependiente, o el socialismo, que viene con la revolución socialista.

Es evidente que no puede existir un plan general para las revoluciones socialistas en África. En gran medida, la cuestión de un plan general se ha resuelto en parte mirando las diversas experiencias de liberación nacional en África: Angola, Mozambique y Guinea-Bissau. Aunque no podemos afirmar que el socialismo se haya implantado en estos países, podemos decir que esos movimientos de liberación tenían un contenido socialista; los problemas que ahora tiene que afrontar son cómo construir el socialismo bajo condiciones históricas *concretas*.

Babu intenta presentar algunos de los principales *lineamientos* de la construcción socialista. Debe de observarse que éstos sólo son lineamientos. Aunque han surgido sobre todo de la experiencia china, esto no significa que no puedan ser aplicables a experiencias similares en otros lugares, por lo menos en sus marcos más amplios. Los detalles de su ejecución y las prioridades deben seguir, evidentemente, a las situaciones particulares; sin embargo, sigue existiendo la relevancia comparativa.

El dilema que afrontan algunos progresistas africanos es que no quieren ver las realidades de nuestra época. Las ideologías de las instituciones (y los individuos) que tenían un tono progresivo hace quince años ya no pueden ser consideradas como tales hoy día, cuando las condiciones objetivas han cambiado. Las breves notas de Issa Shivji sobre la Organización para la Unidad Africana (OUA) señalan esto con precisión. La OUA tuvo su inicio como un frente anticolonialista encabezado por los dirigentes de los Estados africanos independientes, pero paulatinamente se ha convertido en una fuerza conservadora en defensa del

neocolonialismo en África. Incluso en su documento más progresista, *El Plan de Acción de Lagos*, la OUA no puede resolver el problema de la *inercia* política en los diversos Estados africanos. Por ejemplo, la ejecución del "autovalimiento colectivo" se le deja a las organizaciones internacionales tales como la Comisión Económica en África de las Naciones Unidas.

La revolución socialista no puede surgir de resoluciones interestatales o decretos presidenciales; tiene que surgir de la presión *social* desde abajo, de la intensificación de la lucha de clases por los trabajadores, campesinos, clases medias progresivas y la intelectualidad revolucionaria de África. El mensaje parece ser viejo pero es tan cierto en África como lo ha sido en Asia y América Latina.

P. ANYANG' NYONG'O
Editor invitado